



Hoy a las 4:30 p.m., en el Museo del Humor de San Antonio de los Baños, en Artemisa, tendrá lugar la premiación de la XXI Bienal Internacional de Humorismo Gráfico de San Antonio de los Baños, que tiene como lema: Humanos con derechos.

Plácido suspirando al son del arpa

MARTA VALDÉS

Los protagonistas de esta historia de amor mitad vivida por ellos y mitad imaginada por mí, no se dieron cuenta de una curiosa coincidencia: ambos portaban nombres de arcángeles. Gabriel había recibido el suyo, anotado a mano en un papel entre los paños que cubrían su cuerpecito, cuando la madre lo depositó en el torno, con fecha 6 de abril de 1809. A Rafaela, hija de esclavos domésticos, su nombre le había sonado al oído por primera vez en la pila bautismal, desde la voz de la madrina amorosa que le otorgó la condición de persona libre y consagró su atención al cultivo de los muchos dones que la preciosa niña trajo al mundo, sobre todo el de la música.

(Trato de reconstruir uno de esos episodios de la vida que no se registran en las cronologías). Gabriel se puso de punta en blanco. Encima de una mesa, a salvo de los azares del camino recorrido desde la puerta de su morada en Matanzas, resplandecía la peineta carey con incrustaciones de plata que sus manos habían creado por encargo de una dama habanera, de cuyo amor por las artes había tenido noticia más de una vez. «Quién sabe si esta será la última peineta que salga de mis



El 18 de marzo de 2019 se cumplieron 210 años de la llegada al mundo, en la ciudad de La Habana, de Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido).

FOTO: TOMADA DE INTERNET

manos», pensaba. La moda estaba cambiando y, de todos modos, su deseo más ferviente se inclinaba hacia las letras. Alguna platería

habanera se había interesado por su fino cultivo de la orfebrería. Quizá era el momento de probar suerte y –de paso– moverse en algunos círculos donde su poesía comenzaba a recibir elogios y su vocación literaria podría florecer por el camino de la ilustración. Besó a la anciana tía paterna bajo cuyo amparo había crecido, y se abrió paso por la sombría en pleno sol de la tarde, dispuesto a formalizar, a la hora prevista, la entrega del precioso pedido.

(Continúa). Los transeúntes volvían la cabeza tratando de explicarse a aquel muchacho como petrificado, que apretaba contra su pecho un pequeño envoltorio delante del portón de una casa de familia donde no estaba abierta la típica «ventana de piso a techo» como para develar el misterio de una música de arpa que se filtraba desde el interior. Plácido (este era ya el nombre con que el joven poeta y cotizado artífice de preciosas peinetas se había rebautizado) suspiró a gusto antes de llamar a la puerta, tan pronto llegó a su final la pieza que con semejante placer había escuchado. Ya en el zaguán, acertó a descubrir la identidad de la arpista. Su atención hacia cualquier otra cosa, persona o suceso, se hizo añicos («negra bonita de ojos de estrella», bien pudo pensar).

Estudiosos de la vida del poeta coinciden en resaltar, más allá de la belleza física de Rafaela, su altísima espiritualidad e ilustración; de ahí la conmovedora entrega de ambos a un amor trezado entre pensamientos que iban quedando presos en las hendiduras del carey o echaban a volar desde las cuerdas de un arpa que había sobrevivido al salitre del océano para llegar intacta a los muelles de nuestra ciudad, dispuesta a bendecir a los amantes.

Poco más de un año transcurrió entre 1831 (momento aproximado de su primer encuentro) y febrero de 1833, cuando la epidemia del cólera en La Habana contó a la joven entre sus víctimas mortales. Llegado, en 1844, el infortunio que puso fin a la vida de Gabriel de la Concepción Valdés, el poeta declara en una esquila que deja en manos de su esposa: «mis últimos votos son por la paz y felicidad de Cuba (...) mis postreros pensamientos se han partido con igualdad entre mi madre, Rafaela y Gila».

Un arpegio finísimo, comparable al calado de la más inspirada peineta, comenzó a resonar en su oído, pasó a su memoria y estuvo acompañándole mientras sobrevolaba el Pan de Matanzas rumbo a la Gloria. Suspiró a gusto. Portaba nombre de arcángel.

Cocorí, un nombre y muchos niños

G BIBLIOFAGIAS

MADELEINE SAUTÍE
RODRÍGUEZ

He vuelto a ser niña mientras las páginas de la novela *Cocorí*, del escritor costarricense Joaquín Gutiérrez, me secuestraron casi literalmente. Algunos asuntos urgentes tuvieron que esperar antes de llegar al final de esta lectura deliciosa y extraña que pone a disposición de los niños el Fondo editorial Casa de las Américas (colección Colibrí) y que con absoluto acierto ha sido escogido en marzo como Libro del mes, por lo que debe ya ocupar espacios en todas las bibliotecas del país, en sus librerías, y ha sido digitalizado por la Editorial Cubaliteraria, en formato APK.

Un gusto, de esos que agita el ánimo a fuerza del mucho agrado, significa tomar en las manos la presente edición de un título que vio la luz por primera vez en Chile, en 1947, y desde entonces dio fama mayor a su autor, el poeta, ajedrecista de renombre, miembro de número de la Academia Costarricense de la Lengua, corresponsal de guerra en Vietnam, narrador condecorado con notables reconocimientos, entre ellos, el Premio Casa 1978, de novela, por *Te acordarás, hermano*.

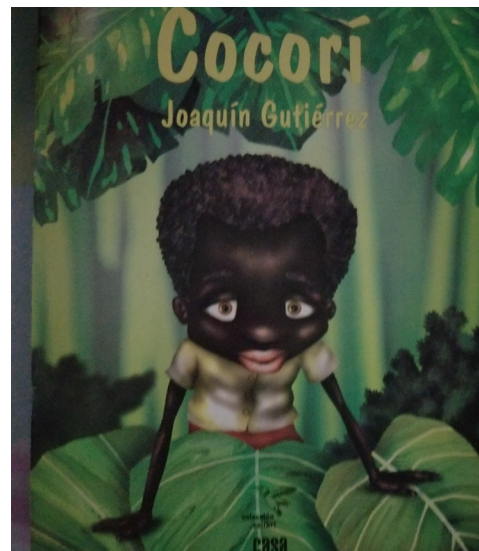
Hermosísimas resultan las ilustraciones de Raúl Martínez Hernández, las cuales dinamizan un argumento que sostiene 65 páginas, cuyos números «descansan» sobre hojitas pintadas, cual

si se desprendieran del inmenso follaje de la jungla –uno de los entornos de la trama– no solo con el ánimo de adornar la historia de papel, sino que pareciera pedirnos palpar el ambiente, con un primor escritural pocas veces superado.

Cocorí es miembro de una comunidad negra que vive en el trópico, un niño feliz y amado que conoce como la palma de su mano un territorio costero donde el verdor, las frutas, el mar y los animales son protagonistas de un mundo en el cual no suceden demasiadas novedades. Es este niño y también todos los niños que leen esta historia, en la que es tan fácil estar en su lugar, dados los sentires comunes de los que a vivir empiezan.

Un barco que se acerca será una revelación para él, más si trae «hombres rubios» a los que nunca ha visto. Al ver al contramaestre, con cabellera roja, Cocorí grita: «se le está quemando el pelo». Saltará después a la cubierta y oír a una niña blanca, de ojos azules, decirle a su madre «¡Mamá, mira que niño tan raro! (...) pero si es un niño como yo... –y se abalanzó hacia él–. ¡Pero está todo tiznado!». Lo toca. «¡Oh, mamá, no se le sale el hollín!». Al comprender que se refería a él piensa: «¡Y a ti no se te sale la harina!».

Como solo pueden comprenderse los niños, en minutos ya la amistad es un hecho. Cocorí le había contado todo lo seductor de su mundo, le regala conchas, estrellas de mar... le enseña el sonido de



Portada del libro.

un caracol enorme. Ella le regala una rosa que el amigo asumirá como su amiga misma y la dejará en un vaso con agua, en su hogar (una pobre choza), minutos antes de emprender la imprudente aventura de buscar para ella un monito titi, pedido que le hiciera la visitante.

Tras no pocas peripecias, llega Cocorí a buscar a su amiga para entregarle, triunfante, lo prometido. Saber que el barco se ha ido y comprobar después que la flor ha fenecido, rondando de pétalos la mesita donde la creyó a salvo, es demasiado para el pequeño, que no aceptando la fugacidad de la vida,

ni el adiós repentino de las cosas amadas, cae en una profunda angustia, cuya respuesta saldrá a buscar alejándose del hogar nuevamente.

Ya en el desenlace, tiene lugar un diálogo reparador, que consuela resueltamente al pobre Cocorí. «¿No viste que tu Rosa tuvo una vida linda»? (...) «¿No viste que cada minuto se daba entera hecha dulzura y perfume?», le dice el Cantor.

«¿Tú crees que eso es vivir, Cocorí? ¿Dormitar al sol rumiando pensamientos negros y malvados? (...) Tu Rosa vivió en algunas horas más que los centenares de años de Talamanca y don Torcuato. Porque cada minuto útil vale más que un año inútil», le dijo.

Otras sorpresas felices esperan a Cocorí, pero una lectura inteligente, incluso antes de llegar a las últimas líneas, no puede menos que apreciar la utilidad de un tema como este, para educar al niño en la naturalidad de la existencia y sus verdaderas utilidades. Tal vez ayude a comprender, con la debida orientación, que los abuelos se marchan un día, que la muerte es parte de la vida y que ella es más plena cuando deja afuera las perversiones.

Desacertada nos parece alguna crítica que ha visto prejuicios raciales en esta obra del más reconocido de los escritores costarricenses. No debe asustar decir negro o blanco o verde si no se siente la diferencia discriminatoria en la voz que la enuncia. Para quien asume el «engaño de las razas» como tal, decir mi negro, mi vida o mi amor es apenas sinonimia que trasciende las palabras y entiendo como nadie, el gran corazón.